

LA EDUCACIÓN LITERARIA, COMPLEJA TRAMA ENTRE LITERATURA Y PEDAGOGÍA

JUANA PORRO¹

RESUMEN

El artículo explora las dos facetas de la educación literaria, la literatura y la pedagogía, y su potencial problematización. Sostiene la idea de ser artesanos o artistas en la labor docente y que, para constituir un rumbo emancipador de la educación literaria, es necesario tanto tender a que acontezca la experiencia como a que se descubra el poder de la investigación, recurso elemental del estudio literario y de la reflexión. Expresa que la universidad es el ámbito privilegiado para la construcción del saber literario y del saber pedagógico.

PALABRAS CLAVE

EDUCACIÓN LITERARIA-LITERATURA-PEDAGOGIA-INVESTIGACION

En *El profesor artesano* (2020) Jorge Larrosa problematiza el tema del docente que quiere hacer bien su trabajo. Carlos Skliar, por su parte, en una entrevista donde esboza lo que aporta la literatura al proceso educativo, toma al personaje/profesor de Literatura de la novela *Stoner*, de John Williams, para interpelarnos sobre esto de qué significa ser un buen educador. De diferentes maneras, ambos autores nos hacen pensar si la habilidad artística del docente que ama su saber o su oficio de artesano son tan o más importantes que la competencia técnica. ¿Y qué significa hacer bien nuestro trabajo para quienes enseñamos Literatura? ¿Lograr la formación de buenos lectores, de lectores sensibles a la palabra y competentes en el plano de la interpretación? ¿Convertir la lectura en refugio y viaje de emoción y conocimiento? A juicio de Skliar (2018), la

¹ Juana Porro se ha desempeñado como docente de nivel secundario y Profesora Titular Regular del Profesorado en lengua y Comunicación Oral y Escrita. Actualmente dirige un Proyecto de Investigación sobre Educación Mediada por Tecnología Digital y co-dirige la carrera de Especialización homónima. Ha desarrollado anteriormente proyectos de investigación relativos a la literatura y la educación literaria



educación literaria es la que permite salir del lenguaje infectado del poder, de los medios, de la publicidad, y entrar a un lenguaje poderoso, que se libera de ese otro; salir de la vida convencional para entrar en historias ajenas que nos permiten vivir otras vidas, desde otras visiones de mundo, creencias, convicciones, y, por último, conectarnos con la ficción, que cubre una necesidad específicamente humana fuera de lo que es la sujeción a la realidad.

Los autores citados, quienes en la última década han reunido publicaciones y videoconferencias de amplia difusión en el sistema educativo, provienen del campo de la educación y de la filosofía. Desde esas voces y de otras tantas que tratan nuestro tema, la educación literaria necesita ser interrogada. Quienes nos hemos formado como profesores de Literatura, la hemos tratado como arte, práctica, producción, patrimonio, experiencia, y, necesariamente, como asignatura. Una asignatura que, a diferencia de otras disciplinas humanísticas, tradicionalmente construyó su base científica a partir de tres ejes: el diacrónico o histórico (la historia de la literatura), el sincrónico o teórico-descriptivo (la teoría literaria) y el aplicativo (la crítica literaria), a través de los cuales fuimos conociendo algo de ese objeto socio-estético-cultural considerado por cada época como literatura. El eje de la historia literaria, tanto en el ámbito académico como en el educativo, ha pasado desde hace varias décadas a un segundo plano. En cuanto al eje de la teoría, importante para la academia, ha constituido en el sistema educativo un tema de insuficiente discusión. Con las fragmentaciones, mezclas y rupturas propias de cada reforma educativa, y en sus reorientaciones hacia lo social, lo cultural, lo emocional, lo experiencial, ha corrido riesgos de borramiento, banalización o distorsión. Frente a ello nos preguntamos: ¿es necesaria para la educación secundaria?, ¿en qué dosis?, ¿aleja al estudiante del texto o aporta al desarrollo de su capacidad interpretativa?, ¿cómo enfrentar el trabajo de transposición?, ¿cumplir la prescripción teórica del curriculum o innovar? ¿seguir a rajatablas un mismo enfoque teórico o practicar el eclecticismo? ¿pensar que cada obra demanda su propia teoría o tender al sincretismo? Del mismo modo nos quedaría aún repensar el lugar y el sentido de la crítica literaria y la relación entre la crítica y la teoría.

Desde hace mucho tiempo, junto a la vieja herencia de esos tres ejes, la comprensión de la literatura en sí misma demanda otras cuestiones, por ejemplo, la relación con sus



contextos socioculturales por su fuerte nexo con la sociedad y con la cultura en tanto la crea, la trasciende, la interpela, la recrea, la rebate, la satiriza, la remeda. Necesita, además, de la vinculación con otras disciplinas humanísticas como la filosofía (en tanto se reconoce la literatura como producto del uso del lenguaje que se aleja del uso ejercido por el poder), la sociología (al poner en juego dentro y fuera del texto lo social: campus, habitus, imaginarios sociales, ideología, poder, géneros), la antropología cultural (al ayudar a entender la alteridad, el etnocentrismo, la comunicación, etc.). Aún más, dialoga con otras disciplinas estéticas o artísticas, en tanto le hace guiños al cine, a la pintura, a la música, a la fotografía. Actualmente se agrega su relación con la cibercultura y sus nuevas formas de sociabilidad y de práctica: bibliotecas virtuales, revistas digitales, libros de la cultura impresa digitalizados, fonotecas, páginas de autor, escritura colaborativa, programas literarios en línea. Y para cerrar esta idea, junto a estas relaciones, tampoco escapa al tema la fuerza de *mathesis* que tiene la literatura, capaz de alojar distintos y múltiples saberes sin fetichizarlos, como ha dicho Barthes.

Sin haber agotado sus aspectos (no hemos hablado de las literaturas nacionales y comparadas, de la lectura literaria), observamos que la faceta que conlleva la literatura en la problemática de la educación literaria es marcadamente compleja.

A la otra faceta la constituye la pedagogía. Desde hace muchos años considero, como Nelson Mandela, que la educación es el gran motor del crecimiento personal y que es un arma poderosa para cambiar el mundo, y esta idea me hace considerar latente el hecho de que nuestra concepción del enseñar y el aprender y nuestra intervención dependen en parte de nuestro conocimiento y amor por la disciplina que enseñamos, de nuestra pasión por enseñar, pero también del enfoque pedagógico que subyace en los impactos de nuestra labor. ¿Qué sucede entre las teorías y la intervención pedagógica? ¿Qué perspectiva teórica le da un mejor sentido de la acción de educar? ¿La perspectiva de la pedagogía constructivista, la crítica, la basada en el paradigma de la complejidad, en el de la otredad, en el ecológico, en el demandado por los habitantes de la red, para la diversidad, para la inclusión...? Y si la Pedagogía también alberga lo político, lo social y lo cultural que opera en la educación, ¿es allí donde se nos orienta a entender la escuela y sus problemas?



La educación no es una esfera separada del contexto que nos atraviesa al ponerla en acto y por ello siempre estará rodeada por la falta de certezas y los desconciertos. Aun así, necesitamos identificar nuestro enfoque y reflexionar sobre su puesta en acto, nunca en búsqueda de la gran receta sino en función de la utopía de educar mejor. Educamos sobre/con/desde/por la literatura: hacemos la travesía de enseñar a comprender, a interpretar, a investigar, a comunicar lo investigado, lo aprendido y, por qué no, a recrearlo, a crear con la práctica de la escritura creativa. Desde esa travesía podemos volver al principio de este texto: ¿cómo hacerlo mejor?, ¿cómo ser un buen educador de jóvenes que aprenden literatura?

La fuerza del conocimiento y el pensamiento pedagógico exige nuestra capacidad de explorar sus dimensiones emocional, cognitiva, subjetiva e intersubjetiva, social, en función de los sujetos que aprenden. Ese saber que constituye el apoyo de la docencia para todas las disciplinas no puede ser subvalorado ya que contribuye a reflexionar sobre nuestra misión y nuestro rol. Y lo primero que nos plantea es el problema de los fines, el para qué de la educación que queremos ofrecer o estamos ofreciendo. ¿Cuál es el para qué de la educación literaria?, ¿para saber leer y disfrutar lo leído?, ¿para salir del lenguaje infectado del poder y dar ingreso a otro más libre y creativo?, ¿para salir de la vida convencional y poder vivir-conocer vidas ajenas con otras experiencias de vida? ¿para experimentar la ficción y nutrirnos de otra manera que nos nutre o desnute la realidad? En la búsqueda de respuestas más orientadoras que cabales, considero importantes las tesis doctorales de Gustavo Bombini y Paola Piacenza, autores de dos libros fundamentales sobre la historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina. En esos trabajos se visibilizan ejemplos de enfoques, prácticas, fallas, fobias, éxitos, prejuicios, mala praxis, de la educación literaria argentina a lo largo de décadas, e intersticios para pensar la finalidad. Más allá de la didáctica que a veces peca de tan propositiva, necesitamos nutrirnos de investigaciones como éstas, a las que sumo las investigaciones de Carolina Cuesta.

Hay una tesis de maestría reciente, de Luis Montes Vásquez, que bajo el título *La escuela anestesiada. Entre las políticas educativas colombianas y la educación literaria* reivindica una educación literaria de carácter estético que forme y transforme la subjetividad de los educandos en relación consigo mismos (autopoiesis) y con su



entorno social (intersubjetividad). Pienso que aquello que va encauzado hacia el conocimiento del sí mismo y del mundo a través de la literatura demanda un tipo de postulados pedagógicos que modela la relación entre los sujetos de la educación y sus pactos, siempre en relación con el saber. En este sentido, creo que la puesta en juego de sensibilidad, subjetividad, identidad, alteridad u otredad, promete un itinerario interesante para atravesar el placer estético, el conocimiento lingüístico y literario, el pensamiento crítico, el trabajo creativo. Desde otra perspectiva, si lo que nos interesa es defender la trascendencia ética y política de la literatura porque puede contribuir a la formación de una sociedad democrática y humanista, nuestro enfoque requerirá otras modulaciones. Las teorías pedagógicas, en este sentido, nos abren múltiples caminos para hacer circular la literatura, cuando buscamos ir más allá de lo instrumental, lo experimental, lo metodológico.

Desde esta visión sintética de las dos facetas de la educación literaria y su potencial problematización, rescato la idea de ser artesanos o artistas en nuestra labor docente y siento que nos exige aún más: nos exige ser como los directores de una orquesta sinfónica: junto a los intérpretes, tenemos que lograr que los multifacéticos instrumentos que constituyen la literatura y la pedagogía suenen lo más armoniosa y amorosamente posible.

En *La escuela anestesiada*, Montes también plantea que el estudio de la literatura puede entenderse como una práctica de alteridad. Por ello, aunque la educación literaria puede ser un dispositivo estético para el conocimiento y la formación de la subjetividad, “es también un dispositivo político para el sentido crítico, el re-conocimiento social, el pensamiento utópico y la transformación de la realidad (intersubjetividad)”. Cuando este autor señala que “ambas vertientes son indisociables en la deconstrucción de la escuela anestesiada y en la configuración de una praxis pedagógica liberadora que humanice la escuela por medio del estudio y la vivencia compartida de la literatura”, nos abre una perspectiva posible.

Estimo que, para constituir un rumbo emancipador de la educación literaria, necesitamos tanto tender a que acontezca la experiencia como a que se descubra el poder de la investigación, recurso elemental del estudio literario y de la reflexión. Hablo de enseñar a investigar en consonancia con el potencial de los estudiantes. Nada es fácil en el



contexto actual. No obstante, vale considerar que según cómo tejamos trama educación-literatura, podremos repetir o abandonar las formas de educación fosilizadas, la actividad por la actividad misma, la ausencia de impacto emocional y cognitivo en los sujetos que se educan.

Por último, quiero expresar mi convicción acerca de que la universidad es el ámbito privilegiado para la construcción del saber literario y del saber pedagógico. Que la Universidad Nacional del Comahue, a través de su Departamento de Lengua, Literatura y Comunicación, haya creado dos carreras de posgrado (Especialización y Maestría) en Educación Literaria, nos señala que la utopía de repensarla y reorientarla tiene un lugar de acogida.

Referencias Bibliográficas

- Barthes, R. (2007). *El placer del texto y lección inaugural*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Bombini, G. (2004) *Los arrabales de la literatura. La historia de la enseñanza literaria en la escuela secundaria argentina (1860-1960)*. Buenos Aires. Miño y Dávila.
- Larrosa, J. (2020) *El profesor artesano. Materiales para conversar sobre el oficio*. Buenos Aires. Ed. Noveduc.
- Montes Vásquez, L.M. (2020) “La Escuela Anestesiada: entre las políticas educativas colombianas y la educación literaria. Una investigación documental (1996-2016)”. Tesis de Maestría. Pontificia Universidad Javeriana, Repositorio Institucional. Bogotá. En: <https://repository.javeriana.edu.co/bitstream/handle/10554/49696/La%20Escuela%20Anestesiada%20-%20Final%20Corregido.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Piacenza, P. (2017) *Años de aprendizaje: Subjetividad adolescente, literatura y formación en la Argentina de los sesenta*. Col. Ideas en Debate. Serie Estudios Culturales. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Sklar, C. (2018) “Qué aporta la literatura en el proceso educativo”. Entrevista subida por Fundación Arcor en Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=dRpE7-h3WBU>